



EL PRINCIPE DE LOS MONTES.

MI hermano, y yo, Rey invic-
y bellissima Princesa, (to,
que como el Ave de Arabia
vivais edades eternas.
Mi hermano, y yo somos hijos
de Segismundo, que en Grecia
fue el octavo de este nombre,
sin que de los dos se pueda
saber qual naciò primero;
porque saliendo la Reyna,
que estaba en cinta de entrambos,
una tarde á las florestas,
que con racimos de aljofar
las salpica el Euro, ò riega,
le diò el parto, sin tener,
mas testigos que las yervas,
mas arrimo que el de un arbol,
ni mas favor que sus quexas.
Vino à dàr en sangre envueltos
dos Infantes à la arena,
que somos los dos: aqui
nuestra emulacion empieza.
Dividiòse el Reyno en vandos,
y viendo la diferencia
de pareceres, por ser
uso antiguo de la tierra,
que se llame Segismundo
el Principe, que lo hereda,
à entrambos un mismo nombre,
aunque no una misma estrella
nos dieron, hasta que el Cielo
el secreto descubriera.
Viendonos pues el Senado
ya con brios, que qualquiera
los pudiera gobernar
en guerra, ò en paz, ordena,
que se dè el Cetro por votos:
y en fin, porque mi modestia
solicitò con callar
ò su agrado, ò su conciencia,
me dieron el Cetro à mi;
mas mi hermano con cautela,
que yà empezaba soberbio
à dar de su invidia muestras,
convocò algunos rebeldes,
y anulando la primera
eleccion, al Pueblo dice,
que para quitar sospechas

de

de intereſſes, y paſsiones,
traten, que la ſuerte ſea
quien dè el Reyno al mas dichoſo
ò al que mejor lo merezca.
Dexèmos en eſte eſtado
del Reyno la competencia,
y vamos à Niſe, à quien
por influencia de eſtrella,
como los pezes al agua,
como la flor à la tierra,
y como al viento las aves
la adoraban mis potencias,
porque era Niſe ſu centro,
ſu luz, ſu gloria, y ſu eſphera.
Supo mi hermano, que yo
ſolicitaba eſta empreſſa,
y ſolo por moleſtarme,
con fingidas apariencias
comenzò à galantearla
publicamente, à quien ella,
viendoſe amada (ay de mi!)
de dos, que qualquiera eſpera
ſer ſu Principe, reſponde,
que de quien la hiciere Reyna
ſerà eſpoſa, ſea quien fuere,
(quièn tal de ſu amor creyera!)
Sin duda que ſe enojò
el amor de aqueſta ofenſa,
ſi es ofenſa, aventurar
el guſto por la grandeza,
pues dentro de pocos dias
ſe ſintiò tan mal diſpueſta,
que poſo en cuydado à quantos
adorabamos ſus prendas.
Fueſſe aumentando el achaque
con porfia tan groſſera,
que convirtiò poco à poco
los claveles en violetas.
Y en efecto de un deſmayo
vaſſalla, pues no la dexa,
ni ſentir, ni reſpirar,
muda, torpe, elada, y yerta,
pidiò ſepulchro à ſus deudos,
y lagrymas à las piedras.
Penſando pues que havia dado
la reſpiracion poſtrera
la enterraron (què ignorancia!)
ſabiendo por coſa cierta,
que era mi vida ſu vida,
ò por lo menos la media,
y que pues yo eſtaba vivo,
no debia de ſer muerta.
Es coſtumbre introducida
de Grecia, que à las doncellas
en el dia de ſu muerte
las viſtan, como ſi fueran
à una fieſta, ò à una boda,
(quièn viò galas en tragedias?)
Y aſsi los Padres de Niſe
de joyas, piedras, y telas
de manera la adornaron,
que un hombre por cuya cuenta
acaſo entonces corria
el cuydado de la Igleſia,
llevado de la codicia,
pensò enriquecer con ellas.
Y aſsi en mitad de la noche
con una luz baxa, y entra
por la Igleſia à la Capilla,
à tiempo que mi terneza
me traìa como loco,
dando à la Igleſia mil vueltas;
que quien la perla no halla,
con la caxa ſe contenta.
Lleguè al Templo lloroſo,
y el poſtigo toco apenas,
quando para recibirme,
ſe aparta ſin reſiſtencia,
que la prieſſa del ladron
le divirtiò de manera,

que

que se olvidò de cerrarle;
mas viendo alzada la piedra
de la bobeda: confuso
por una angosta escalera
hasta el centro baxo, donde
la misma muerte se hospeda,
y en un nicho miro (ay Cielos!)
à Nise, y junto à ella
al hombre, que he referido,
à quien yo de la primera
estocada di la muerte,
por la injuria, ò por la ofensa,
que à Nise, y al Cielo hacia,
à sus Padres, à la Iglesia,
ò lo que mas cierto fue,
si à buena luz se contempla,
porque vi que la tocaba,
que era mi amor de manera,
que pienso, que tuve zelos,
aun con tenerla por muerta.
Admirado del fracaso,
con vida, y con alma atenta
la miro despues, à tiempo
que del parasismo vuelta
Nise, empieza à estremecerse,
cosa con que ahora tiembla
el alma de imaginarlo,
viendo en un palmo de tierra
muerto à un hōbre que era vivo;
viva la que ya era muerta;
con ansias de muerte aquel,
con rayos de vida aquella,
èl revolcado en su sangre,
ella articulando quexas;
y en efecto en un instante
la fortuna tan revuelta,
que quien no espera, vive,
y muere quien no la espera.
Dudè al principio confuso;
pero el amor, que me alienta,
en lugar de retirarme,
mas à su vulto me acerca;
y tomandole las manos,
viendo, que entre sì se quexa,
apelo al pulso, del qual,
aunque debil, y sin fuerzas,
me informo, que tiene vida,
y luego en mis brazos puesta,
hasta su casa la llevo,
sobre esta hermosa azuzena
tantas lagrymas llorando,
de placer, y gusto llenas,
que ya escusè, que en su casa
hiciessen la diligencia
comun de rociarle el rostro;
porque à mis ojos atenta
bebiò el agua, que bastò
para que en su ser volviera.
Con lagrymas finalmente,
con amores, con ternezas
puedo decir, que le di
nuevo ser, y vida nueva,
que aunque estaba al parecer
muerta la candida vela,
como la luz de mi vida
llegò à la suya tan cerca,
con el humo que quedò,
pudo volver à encenderla.
Mejorò Nise, y vivio,
viviò Nise: quièn dixera,
que no me hiciera su esposo,
por satisfacer siquiera
con una mano, y un sì
tanto linage de deudas?
Pero mintiò mi esperanza,
y mintieron sus finezas,
porque aunque saliò la suerte
en mi favor, la soberbia
de mi hermano el Reyno todo
con sangre, y armas altèra,

y à pesar de la razon
pone sobre su cabeza
la corona, que era mía,
y porque el vulgo no oyera
mis quexas, mandò prenderme.
(Triste del Reyno, y la tierra,
donde al que se quexa, quieren
castigar, porque se quexa !)
Llorò Nise à los principios
de agradecida, ò de tierna;
mas oyó al Rey, y casòse,
porque como las orejas,
que son los ojos del alma,
tienen la puerta de cera,
y son fuego las palabras
de un Rey, à pocas respuestas
ablandò la cera el fuego,
y el alma rindiò la puerta,
Casòse Nise, y casòse
con condicion que me dieran
libertad, como si el daño
en la prision estuviera.
Casòse en fin, si bien supe
despues por cosa muy cierta,
que la repudiò mi hermano,
cansado de su belleza,
porque nunca dura m s
lo que se goza por tema.
Sali al campo, di mil voces,
y aunque senti mis ofensas,
mas cuerdo, que vengativo,
por no verle, y por no verla,
à los montes, à los valles,
à los riscos, á las peñas,
à los prados, à las fuentes,
à los yermos, y à las selvas
me voy, de la Corte huyo,
llego à Albania; pero en ella
habito solo en los montes,
visto pieles, dexo sedas,
miento afectos, busco olvidos;
calzo abarcas, trato fieras,
rindo brutos, siembro flores,
bebo arroyos, como yerbas,
hago versos, miro libros,
passo historias, toco ciencias.
Y estando (ay Dios !) una tarde
yo recogido en mi cueva,
oì una voz, sali al monte,
miro al Sol, hallo à Clavela,
doyla favor, vuelve à verme,
entretengome con ella,
vino con Celia una tarde,
enamorème de Celia,
siendo Celia, labradora
la que es Aurora, y Princesa.
Digole mi pensamiento,
oyele atenta, y contenta:
Hablo à Clavela una noche,
y para que me aborrezca,
digola, que soy villano,
y que la Princesa es fea.
Hablanse las dos despues,
cuentanselo poco cuerdas:
hallo un hombre en el jardin,
que dicen, que la festeja.
Siento, callo, dudo, muero,
y ella sorda, ingrata, y fiera,
sin Dios, sin ley, sin razon,
de su tierra me destierra.
Esto es lo menos que passo,
diga lo demàs su Alteza.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Juan de Medina, y San-Tiago, Plazuela de las Cañas, donde se hallarà de todo surtimiento.